

La teoría subjetiva del valor como fundamento de la figura del empresario en la obra de Hayek.

Stavisky, Sebastián - *sebastian.stavisky@gmail.com*

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina.

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Aires, Argentina.

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Buenos Aires Argentina.

Recibido: 22-06-2018

Aprobado: 25-10-2018

Resumen: En el artículo analizo la influencia que tuvo la teoría subjetiva del valor de Carl Menger en los desarrollos de Friedrich von Hayek acerca del uso del conocimiento como instancia de producción de valor por parte del empresario. En un primer apartado, me centro en el análisis de la referida teoría de Menger como objeto de una economía que pone en cuestión la importancia del estudio de la producción material, al mismo tiempo que critica el recurso de la perspectiva histórica. Luego, analizo la recuperación que hace Hayek de dicha teoría al momento de describir el sistema de precios como mecanismo informante para el uso del conocimiento en la producción de valor. Finalmente, en un último apartado, analizo el modo en que, de tales desarrollos, se desprende la figura del empresario como sujeto dinamizador de la economía. La hipótesis que guía el artículo es que la teoría subjetiva del valor elaborada por Menger permite a Hayek, por un lado, sustituir a la figura del trabajador como sujeto productor de valor por la del empresario; por el otro, reemplazar la idea de cambio social por la de adaptación a las variaciones de mercado.

Palabras clave: Empresario de sí – Neoliberalismo - Teoría subjetiva del valor

Abstract: In this article I analyze the influence of the subjective theory of value of Carl Menger in the developments of Friedrich von Hayek on the use of knowledge as an instance of production of value by the entrepreneur. In a first section, I focus on the analysis of the aforementioned Menger theory as an issue of an economy that questions the importance of the study of material production, while criticizing the resource of historical perspective. Then, I analyze Hayek's recovery of this theory when describing the price system as an informing mechanism for the use of knowledge in the production of value. Finally, in a final section, I analyze the way in which, from such developments, the figure of the entrepreneur emerges as the dynamic subject of the economy. The hypothesis that guides the article is that the subjective theory of value elaborated by Menger allows Hayek, on the one hand, to substitute the figure of the worker as the producer of value by the figure of the entrepreneur; on the other, to replace the idea of social change by the idea of adaptation to market variations.

Keywords: Entrepreneur of the self – Neoliberalism - Subjective theory of value

Introducción

En los últimos años, una serie de discursos y prácticas provenientes de ámbitos tan heterogéneos como la publicidad y el marketing, las políticas públicas y del tercer sector, los espacios de formación espiritual y de salud alternativa, entre otros, han ido consolidando una determinada formación subjetiva cuya figura emblemática es la del empresario de sí o emprendedor. Su historia, sin embargo, se remonta hacia mediados del siglo XX, cuando un conjunto de pensadores neoliberales comenzaron a planificar formas de gobierno de las poblaciones y los individuos enlazadas a una concepción del mercado como ámbito auto-regulado de producción de valor sin la necesaria mediación del trabajo material.

Uno de los primeros autores que nos alertó acerca del modo en que las racionalidades neoliberales de gobierno toman por objeto la vida de los individuos es

Michel Foucault (2008). A efectos de este artículo, me interesa rescatar, particularmente, el análisis que realiza sobre la forma en que algunos de los principales exponentes del pensamiento neoliberal conciben el trabajo y la producción de valor. Frente a lo que conceptúan como la ausencia de una reflexión específica por parte de los economistas clásicos en torno al trabajo, y tomando distancia de la concepción marxista del trabajo abstracto como tiempo socialmente necesario para la producción, los neoliberales sostienen que “el punto de partida y el marco general de referencia del análisis económico deben ser el estudio del modo como los individuos asignan [los] recursos escasos a fines que son excluyentes entre sí” (Foucault 2008: 260). Es decir, hacen a un lado el análisis en torno a los mecanismos de producción material de valor y se preguntan, en su reemplazo, por la conducta de los individuos a través de la cual otorgan, a su actividad y los bienes de que disponen, unos fines subjetivos variables según las circunstancias en que se encuentran. De esta forma, la figura del proletario como aquel que sólo dispone de su fuerza de trabajo para ofrecer en el mercado y reproducir su vida es sustituida por la de un sujeto activo, libre y potencialmente idóneo para evaluar las oportunidades que se le presentan y valorizarse a sí mismo. “No es una concepción de la fuerza de trabajo, es una concepción del capital-idoneidad que recibe, en función de diversas variables, cierta renta que es un salario, [...] de manera que es el propio trabajador quien aparece como si fuera una especie de empresa para sí mismo” (Foucault 2008: 264).

Con estas palabras, Foucault introduce el análisis acerca de los procesos de subjetivación que en la racionalidad neoliberal sostienen la figura del empresario de sí, análisis que otros autores, como Christian Laval y Pierre Dardot, continúan aludiendo a la figura del emprendedor. En su libro *La nueva razón del mundo* (2013), los autores estudian el modo en que el emprendedor se constituye en agente dinamizador de la economía a partir de una concepción singular que los pensadores neoliberales otorgan a la competencia en el mercado como proceso de descubrimiento de información. Esta nueva figura subjetiva se sustenta en la idea de que nadie más que cada individuo sabe lo que es mejor, en términos de costos y beneficios, para sí mismo. A diferencia del sujeto de interés propio de la teoría neoclásica, de la figura del productor, la del capitalista e, incluso, la del

innovador schumpeteriano, el emprendedor no restringe su acción a un determinado ámbito de lo social, sino que hace del conjunto de su vida una oportunidad y un aprendizaje para la valorización de sí. Tomando como objeto de análisis los escritos de Ludwig von Mises y de su discípulo Israel Kirzner, Laval y Dardot sostienen que todo individuo es un emprendedor en potencia que porta consigo la facultad de emprendimiento. La función del mercado es liberar dicha facultad a los fines de que los individuos aprendan a leer por sí mismos los signos del mercado y tomen la mejor decisión en cada escenario posible.

«La pura dimensión de emprendimiento, la capacidad de estar alerta ante la oportunidad comercial, es una *relación de uno consigo mismo*, principio fundamental de la crítica de la interferencia. Todos somos emprendedores, o más bien, aprendemos a serlo, nos formamos mediante el funcionamiento del mercado en la disciplina de gobernarnos como empresas. Lo cual significa igualmente que [...] todas las relaciones humanas pueden quedar afectadas por esta dimensión empresarial, constitutiva de lo humano» (Laval y Dardot 2013: 147. La *cursiva* es del original).¹

En el último tiempo, estas consideraciones han sido retomadas por distintos estudios abocados a indagar cómo, desde diversos ámbitos de producción de subjetividades, se configura este nuevo tipo de sujeto ligado a la forma empresa.² Sin embargo, resulta interesante observar que, en su gran mayoría, estos trabajos –incluidos el de Foucault, y el de Laval y Dardot– no hacen mención de la importancia que sobre la figura del empresario tuvo la teoría subjetiva del valor elaborada por Carl Menger. Nacido en 1840 y formado en las universidades de Viena y Praga, Menger es considerado, junto a Böhm-Bawerk, uno de los fundadores de la Escuela Austríaca de Economía. Hacia inicios

¹ Otro aporte importante, desde una perspectiva que procura articular los desarrollos de Karl Marx y Max Weber, para pensar el modo por el cual el capitalismo transformó sus condiciones de producción hacia una política del *management* empresarial es el libro de Luc Boltanski y Ève Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo* (2002). A propósito de él, Laval y Dardot refieren que, al tomar por objeto a la ideología, los autores pierden de vista la importancia que el neoliberalismo otorga a la constitución de nuevas subjetividades (2013: 334).

² Algunas investigaciones al respecto, referidas al contexto local y producidas durante los últimos años, son el trabajo de María Landa y Leonardo Marengo (2011) sobre la sujeción del cuerpo del trabajador por los nuevos dispositivos de organización empresarial; el de Patricia Vargas y Nicolás Viotti (2013) sobre la noción del emprendedor en eventos masivos vinculados a la espiritualidad de la Nueva Era; el de Silvia Hernández, Ezequiel Nepomiachi y Carolina Ré (2017) sobre la interpelación ideológica de la campaña electoral de Cambiemos. Mención aparte merece el trabajo de Verónica Gago (2014) sobre las prácticas del neoliberalismo “desde abajo” vinculadas a las ferias populares y los talleres textiles.

del siglo XX, su teoría influyó enormemente en Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek, quienes, respectivamente, tradujeron y escribieron la introducción del libro de Menger *Principios de economía política* (1985), cuya primera edición fue publicada en 1871 y la segunda, a cargo de su hijo, en 1923, dos años después de la muerte de su autor.

Apoyándome en las elaboraciones de Susana Murillo, quien encuentra en el trabajo de Menger uno de los momentos lógicos que permiten reconstruir la genealogía del neoliberalismo (Murillo 201; 2015), en el presente artículo analizaré el modo en que la teoría subjetiva del valor desarrollada en *Principios de economía política* permite a Hayek elaborar su tesis acerca del uso del conocimiento como instancia de producción de valor por parte del empresario.³ En un primer apartado, me centraré en el análisis de la referida teoría de Menger como objeto de una economía que pone en cuestión la importancia del estudio del trabajo material, al mismo tiempo que critica el recurso de la perspectiva histórica. Luego, pasaré a analizar la recuperación que hace Hayek de dicha teoría al momento de describir el sistema de precios como mecanismo informante para el uso del conocimiento en la producción de valor. Finalmente, en un último apartado, analizaré el modo en que, a partir de tales desarrollos, se desprende la figura del empresario como sujeto dinamizador de la economía. La hipótesis que guía el artículo es que, al proponer una ciencia económica despojada de perspectiva histórica, y una teoría del valor no mediada por el trabajo material, los desarrollos de Menger operan como fundamento de la imagen neoliberal de una sociedad desproletarizada en que la figura del empresario sustituye a la del trabajador, al mismo tiempo que las imágenes de cambio social son reemplazadas por la de adaptación a las variaciones que sufre el mercado. De este modo, frente a las posibilidades de cambiar las condiciones en que vivimos, se erige el precepto de que *cambiamos* nosotros mismos según la dirección, el ritmo y la intensidad en que lo hace un sistema de precios libre de regulación.

La teoría subjetiva del valor

³ Cabe precisar que, mientras Foucault habla del empresario de sí, y Laval y Dardot —en su análisis de los escritos de von Mises y Kirzner— del emprendedor, Hayek, en ocasiones, remite en su libro *La fatal arrogancia* (1990) a la figura del comerciante, cuyas características y funciones en la producción de valor resultan análogas a las de los otros dos.

Carl Menger inicia sus reflexiones en *Principios de economía política* con la pregunta acerca de cómo hacer de la economía una ciencia que parta de leyes universales al modo en que lo hacen las ciencias de la naturaleza, pero sin necesidad de imitar el método que siguen éstas. Para ello, se interroga por el modo en que los seres humanos satisfacen sus necesidades, aunque no a los fines de indagar en las formas históricas de trabajo y producción –tal como lo hicieron algunos de sus predecesores con quienes discute–, sino asumiendo una perspectiva volcada sobre la conducta humana. Desde aquí, propone una definición de “bien” como toda cosa que ingresa en una relación causal con la satisfacción de las necesidades humanas, a lo que luego añade otras dos condiciones: que el individuo tenga el poder de disposición de la cosa que lo satisfaga, y que tenga conocimiento de la relación de causa-efecto entre la cosa y la satisfacción de su necesidad. Esta definición del concepto de bien resulta fundamental para el posterior desarrollo de la teoría del valor que propone el autor, en tanto de ella se desprende la significación variable que cada individuo tiene acerca de los distintos bienes de que puede disponer.

Para Menger, el valor de un bien está íntimamente relacionado a las condiciones que estipula para que una cosa se constituya en bien. Nuevamente, no se trata de remitir al análisis de las formas en que dicho bien fue producido como tal, sino al hecho de que satisfaga una necesidad, que se tenga conocimiento de la relación entre el bien y la satisfacción, y que se pueda disponer de él. El eje de la discusión surge cuando la cantidad de bienes de que se dispone resulta escasa en relación con las necesidades que se desean satisfacer. Esta escasez relativa de productos y, por tanto, de posibilidades de satisfacción de necesidades obliga al individuo a realizar una elección en base al ordenamiento de sus necesidades según una escala de valores que se vuelca, según una significación figurada, sobre los bienes capaces de satisfacerlas. De este modo, el valor de un bien es el resultado de la significación que el mismo tiene para cada individuo cuando, al ser dicho bien escaso, se toma conocimiento de la relación causal que lo une a la satisfacción de una necesidad. Así, existen para el autor dos grandes causas de la variación de valor de los bienes: las

diferencias objetivas ligadas a los cambios en la cantidad de bienes disponibles, y las diferencias subjetivas ligadas a los cambios en las significaciones.

Sin embargo –y exceptuando ciertos casos excepcionales que Menger ilustra recurriendo a ejemplos robinsonianos de supervivencia en una isla desierta–, la elección de los bienes a los cuales se decide otorgar prioridad con respecto a otros, aquellos que, ligados causalmente a la satisfacción de una necesidad, se colocan en la cima de la escala de valores, no es el resultado de una operación potencialmente generalizable a todos los individuos. Por el contrario, se trata de una elección en base a las significaciones subjetivas que cada uno otorga a los bienes escasos de los que puede disponer. En este punto resulta necesario realizar una breve digresión acerca del significado que Menger atribuye a la condición subjetiva. No se trata de un proceso de elaboración compartido por otros, de una instancia de decisión condicionada por factores de índole histórica o de política macroeconómica, ni tampoco una disposición capaz de comunicarse a través de vectores de mayor o menor transparencia. Tal como Hayek utiliza el término en su “Introducción” a *Principios de economía política*, subjetivo es aquí sinónimo de individual y personal. Por tanto, las variaciones en la significación de distintos bienes y, por ende, en sus respectivos valores son sólo mensurables según la escala relativa a cada individuo de las necesidades que procura satisfacer según el grado de bienestar que dicha satisfacción le pueda otorgar.⁴

Retomando una vez más la definición mengeriana de bien, vemos que la condición para llevar adelante esta suerte de cálculo subjetivo depende de un conocimiento específico acerca de la relación causal que une los bienes escasos disponibles a las necesidades que con ellos es posible satisfacer. En el proceso de valorización de los bienes, este conocimiento se traduce en “[e]l conocimiento de la distinta significación que tiene para los hombres la satisfacción de las diversas necesidades y cada uno de los actos concretos de la misma”, siendo ésta “la primera causa de la diferencia del valor de los bienes” (1985: 114). Ahora bien, tal como aludí recién, este conocimiento no sería el

⁴ Al respecto, en su análisis de los desarrollos del autor, Murillo refiere que la teoría de Menger permite “poner el acento en la subjetividad, en el deseo y desde ahí en el consumo; lo importante es que correrá la mirada de la economía política hacia el incentivo de las acciones individuales en la búsqueda de saciar los propios apetitos y con ello en las pasiones y las emociones” (Murillo 2011: 95).

resultado de un puro ejercicio de la razón, sino que en él podrían intervenir distintos factores subjetivos como, por ejemplo, los estados de ánimo. Esto puede conducir a que, en reiteradas ocasiones, los individuos se equivoquen acerca de la significación otorgada a sus propias necesidades y, por tanto, acerca de los valores atribuidos a los bienes capaces de satisfacerlas. “Con todo –refiere Menger– los errores más frecuentes se producen cuando se trata del conocimiento del elemento objetivo de la determinación del valor”, es decir, “del conocimiento de la magnitud de las cantidades de bienes de que se dispone y de sus diferentes calidades” (1985: 133). Por ello resulta importante, para no caer en tales errores, contar con un sistema de información lo más preciso posible acerca de la variación de la cantidad de bienes disponibles y de su escasez relativa. Como veremos más adelante, este asunto acerca de la relación entre conocimiento individual y variación en la disponibilidad y significación de los bienes resulta central para el análisis que emprende Hayek acerca del uso del conocimiento como instancia de producción de valor a través de la información brindada por el sistema de precios.

Antes de finalizar con el análisis de la teoría subjetiva del valor tal como es elaborada por Menger, cabe insistir en el hecho de que, para el autor, el valor de un bien nada tiene que ver con el bien en sí, no es una propiedad de éste, como así tampoco una característica específica que lo cualifique. Siendo el valor intrínsecamente subjetivo y, más allá de su diferencia objetiva, sólo variable en relación a las significaciones diferenciales que cada individuo pueda otorgarle, “un bien puede constituir para un sujeto económico un gran valor, para otro un valor menor y para un tercero un valor nulo, según sea la diferencia de la necesidad y la masa disponible” (1985: 131). Entonces, resulta que no hay posibilidad de recurrir a una medida común de valor, ni aún siquiera –e insisto en este punto ya que resulta crucial en el planteo de Menger, así como en la reelaboración que desarrolla Hayek– en lo referente a la cantidad de trabajo socialmente necesario, es decir, de trabajo abstracto, para la producción de tales o cuales bienes. Este asunto es tratado con cierto detenimiento por el autor en el punto d) del tercer capítulo del libro, dedicado al carácter subjetivo de la medida de valor y el error en la relación establecida por otros economistas entre el valor y el trabajo.

«La cantidad de trabajo o de otros bienes de orden superior utilizados para la producción del bien cuyo valor analizamos no tiene ninguna conexión directa y necesaria con la magnitud de este valor. [...] Por consiguiente, las cantidades de trabajo o de otros medios de producción empleados para conseguir un bien no pueden ser el elemento decisivo para calcular su valor. Es indudable que la comparación del valor del producto con el valor de los medios de producción empleados para conseguirlo nos enseña si y hasta qué punto fue razonable es decir, económica, la producción del mismo. Con todo, esto sólo sirve para juzgar una actividad humana perteneciente al pasado» (Menger 1985: 132).⁵

Esta crítica a la mirada puesta en el pasado, es decir, en la historia como perspectiva metodológica insuficiente y superflua para juzgar la actividad económica es uno de los puntos que Hayek conceptúa como más sobresalientes del libro de Menger. Así lo expresa en su “Introducción” al mismo, cuando refiere que el “argumento fundamental” del autor es que “los diferentes orígenes de una mercancía son irrelevantes desde el punto de vista económico” (Hayek 1985: 32). Sobre el mismo asunto vuelve Hayek en varios de sus trabajos posteriores. Entre ellos, en un texto de 1977 que lleva como título “Entorpeciendo la economía”, y que fue escrito por el autor para ser leído en la BBC de Londres. Allí refiere que Ricardo, Mill y Marx “invirtieron la verdadera relación causal; en vez de mostrar de qué manera los precios informaban a los productores con respecto a la cuantía de trabajo que valía la pena invertir en un objeto, sostuvieron que el valor de un producto era determinado por el trabajo invertido en él” (1978: 80). Al respecto, podemos decir que Hayek –al igual que gran parte de los economistas neoliberales– comprendió muy bien que el desarrollo de una teoría del valor que pretenda desprenderse de la

⁵ No es objeto de este trabajo analizar las limitaciones inherentes a la teoría subjetiva del valor de Carl Menger. De todos modos, cabe señalar lo argumentado a propósito de ella por Maurice Dobb (1961) al sostener que ésta carece de un “principio cuantitativo unificador”. Si el valor de un bien se define según las significaciones subjetivas variables, es decir, según elecciones de carácter individual, sería por tanto necesario que tales significaciones fueran independientes del valor de los bienes cuando, por el contrario, se encuentran fuertemente condicionadas por éste. La decisión de asignarle a un determinado bien un mayor o menor valor sólo es posible de ser pensada a partir del lugar que cada quien ocupa en las relaciones de intercambio en que tal se decisión se inscribe, lo que hace de la teoría subjetiva un modo de razonamiento de orden circular. Algo similar sostienen Franz Hinkelammert y Heny Mora Jiménez cuando afirman que “no es posible expresar los marcos de variación de los precios en términos de precios, pues al proceder de esta manera la teoría se torna tautológica. Por eso Marx necesitó una medida invariable ante todas las variaciones posibles de los precios. La halló en el tiempo de trabajo socialmente necesario, como una cantidad que mide el trabajo abstracto” (2016:197).

consideración de la producción material como factor determinante requiere del desarrollo de una ciencia económica que excluya toda perspectiva histórica. La economía, sostiene Foucault, “ya no es entonces el análisis de la lógica histórica de procesos, sino el análisis de la racionalidad interna, de la programación estratégica de la actividad de los individuos” (2008: 261). En lo que sigue, analizaré el modo en que Hayek retoma la teoría subjetiva del valor de Menger, y mostraré cómo, a partir de ella, elabora una singular concepción del conocimiento en tanto insumo para la producción de valor.

El uso del conocimiento en la producción de valor

Como expresé recién, el trabajo de Menger permite a Hayek elaborar sus desarrollos a partir de una concepción de la economía como ciencia despojada de análisis histórico, y de una teoría del valor capaz de excluir a la producción material como factor determinante. Apoyándose en estos presupuestos, el autor despliega en varios de sus trabajos una serie de análisis acerca del modo de funcionamiento del mercado como un orden espontáneo y auto-regulado, formado por individuos capaces de generar valor a través del sólo uso del conocimiento. Esta tesis ocupa un lugar central en el conjunto de la obra hayekiana, ya que se vincula con varios de los desarrollos del autor en torno a asuntos en apariencia tan disímiles como la crítica a la planificación centralizada de la economía (Hayek 2007) y el funcionamiento de la mente humana (Hayek 1952).⁶ En este apartado, analizaré la referida tesis sobre el fondo de lo ya expuesto en torno a la teoría subjetiva del valor, para luego avanzar en el análisis de la forma en que la misma fundamenta la constitución de la figura del empresario en tanto sujeto dinamizador de la economía.

En 1945, Hayek escribe un artículo en la *American Economic Review* – posteriormente publicado en su libro *Individualism and economic order* de 1980– en el que realiza una crítica a la planificación centralizada de la economía y desarrolla su teoría acerca del uso del conocimiento como instancia de producción de valor por parte de los

⁶ Acerca de la relación entre los estudios de Hayek sobre el funcionamiento de la mente desarrollados en *The sensory order* y su teoría del conocimiento como instancia de producción de valor, ver Ortiz 2009.

individuos que compiten en el mercado (1997).⁷ Con respecto al primer punto, hay dos grandes razones por las cuales, para el autor, resulta no sólo errado, sino incluso imposible llevar adelante un ordenamiento general de la economía. Por una parte, un poder central no podría hacer uso de las variables estadísticas de la macroeconomía, sólo capaces de captar la estabilidad ficticia de los grandes conjuntos de datos, para tomar en cuenta una de las características constitutivas del mercado: su estado de permanente transformación. El mercado, afirma Hayek, se encuentra continuamente afectado por cambios. Querer interrumpir su variación constante sólo puede ser la pretensión –por otra parte, condenada inevitablemente al fracaso– de un Estado totalitario e indiferente a los cambios en las apetencias subjetivas de los individuos, es decir, en el grado de bienestar relativo a los bienes de que puedan disponer para la satisfacción de sus necesidades. Es por eso que, como afirma el autor –menos a modo de hipótesis verificable que de supuesto indiscutible–, “el principal problema económico de la sociedad es el de cómo adaptarse rápidamente a los cambios en determinadas circunstancias de espacio y tiempo” (1997: 221).

La otra de las razones de la imposibilidad de ensayar una planificación centralizada de la economía remite a que el conocimiento del que para ello se debiera hacer uso no se encuentra disponible de manera concentrada ni, por tanto, accesible a un poder político central. Por el contrario, tal conocimiento se da “solamente como fragmentos dispersos de un conocimiento incompleto y frecuentemente contradictorio que todos los individuos poseen por separado” (Hayek 1997: 216). Como se ve, el conocimiento al que aquí hace referencia Hayek no es, nuevamente, el de los grandes agregados estadísticos, ni el que pueda surgir como resultado de la implementación de una serie de reglas metodológicas de carácter científico. Se trata, más bien, de un tipo de conocimiento similar al descrito por Menger como condición para la valorización relativa de bienes escasos según el grado de bienestar que la satisfacción de necesidades enlazadas causalmente a ellos pueda producir. Es decir, un conocimiento estrictamente subjetivo, circunstancialmente situado,

⁷ El artículo es analizado por Laval y Dardot en el apartado “El mercado y el conocimiento” del citado libro *La nueva razón del mundo* (2013: 142-145).

en permanente variación, relativo a cada individuo y, por tanto, carente de medida capaz de constatar su validez empírica.⁸

La importancia que tiene este tipo de conocimiento en el funcionamiento del mercado y la forma a través de la cual es posible acceder a él es objeto de análisis de varios de los textos y conferencias de Hayek. Entre estas últimas, cabe señalar la pronunciada en marzo de 1968 en la reunión de la Philadelphia Society. Allí, el autor austríaco contrapone nuevamente el conocimiento científico, estadístico y macroeconómico, a aquel propio del mercado que surge como resultado de la competencia. Mientras la competencia, refiere, “es un método para descubrir hechos particulares que son relevantes para alcanzar objetivos específicos temporales, [...] la ciencia aspira al descubrimiento de lo que se denomina a veces ‘hechos generales’, que son regularidades de los acontecimientos” (Hayek 1993: 4).⁹

Así como el mercado no es informado por un conocimiento concentrado y accesible de manera absoluta, tampoco es organizado –ni, por ende, podría serlo– por regularidades que gobiernen de modo trascendente su accionar. Se trata –tal como lo comprenden Hayek y otros pensadores neoliberales– de un orden espontáneo, variable e imprevisible. En este punto, Hayek retoma los desarrollos de Adam Smith para señalar que no es sino la “mano invisible” aquella que auto-regula el mercado.¹⁰ Como bien señala Foucault, es menos a la figura de la mano que a su condición de invisibilidad a lo que debe prestarse atención en esta idea (2008: 320). Esta invisibilidad es, por un lado, la causa de la ceguera atribuida por Hayek a cualquier poder político que pretenda organizar la economía de manera centralizada; por el otro, es la que le permite presentar la competencia como si se

⁸ Este modo de comprender el conocimiento informante del mercado es retomada por el autor en *Camino de servidumbre* a los fines de cuestionar, nuevamente, la intervención estatal en la economía, y sostener una concepción del Estado de derecho como poder político cuya función debe “limitarse a establecer reglas aplicables a tipos generales de situaciones y tiene que conceder libertad a los individuos en todo lo que dependa de las circunstancias de tiempo y lugar, porque sólo los individuos afectados en cada caso pueden conocer plenamente estas circunstancias y adaptar sus acciones a ellas” (Hayek 2007: 109).

⁹ Cabe señalar que –como sostienen Laval y Dardot (2013: 135)– esta concepción de la competencia como método de descubrimiento resulta muy distinta de la concepción neoclásica definida por ciertos parámetros de normalidad a través de los cuales, de ajustarse las acciones racionales de los agentes económicos a ellos, podría alcanzarse un estado ideal de equilibrio.

¹⁰ Entre varios otros trabajos, Hayek refiere explícitamente a los aportes de Smith para el desarrollo de su teoría del conocimiento en un breve ensayo, originalmente escrito para una conferencia, que lleva por título “El mensaje de Adam Smith en el lenguaje actual” (1986).

tratase de un juego de resultados imprevisibles que, en última instancia, beneficiaría al conjunto de los jugadores:

«El mercado deja, en gran medida, la combinación particular de bienes y su distribución entre los individuos a circunstancias imprevisibles y, en este sentido, a la casualidad. Esto es, según lo había comprendido ya Adam Smith, como si hubiéramos aceptado participar en un juego, parcialmente de habilidad y también, en parte, de suerte. [...] El juego no es, como se dice hoy, uno de suma-cero, sino uno a través del cual, si se juega conforme a las reglas, se amplía el pozo compartible, dejando las cuotas individuales en el pozo, en gran medida, a la suerte» (Hayek 1993: 9).

El azar propio de la competencia aparece entonces como el resultado de la imprevisibilidad inherente al ordenamiento espontáneo, variable e invisible del mercado. Lo que queda por dilucidar es cuáles son las condiciones para la adquisición de la habilidad a la que Hayek atribuye la parcial definición del resultado en el juego. Es decir, ¿cuáles son los elementos a los que un individuo que se quiere competente en el mercado debiera prestar atención para valorizar sus acciones y bienes? ¿cómo es que podría éste hacer uso de ese conocimiento subjetivo disperso al que ningún poder político central puede acceder?¹¹

Este asunto es al que Hayek dedica la segunda parte de su artículo de 1945, donde nuevamente es posible observar la influencia que ejerció sobre él la teoría subjetiva del valor de Menger, aunque al respecto opere sobre ella un sutil desplazamiento. La búsqueda que emprende el autor es por un sistema que permita a los individuos captar las variaciones que se producen en las cantidades disponibles de bienes, es decir, en su diferencia objetiva, y en las significaciones de las distintas necesidades que los mismos son

¹¹ Tal vez sea pertinente aclarar, llegado a este punto, que no se trata de constatar si puede o no existir un mercado capaz de auto-regularse por completo, si el ordenamiento espontáneo es una posibilidad inherente al desarrollo del capitalismo o un proyecto de carácter utópico (o distópico), si el neoliberalismo, en fin, implica en verdad una ausencia absoluta de planificación o, más bien, una transformación en las formas históricas de intervención estatal sobre la economía. Sí resulta importante tener presente que se trata de una política que, en última instancia, debe asumir el cálculo ya no sólo del valor de los bienes, sino de las vidas condenadas al sacrificio en post del sostenimiento del sistema. Es el propio Hayek quien reconoce esta cuestión cuando afirma que “[u]na sociedad libre requiere de ciertas reglas morales que en última instancia se reducen a la manutención de vidas: no a la manutención de todas las vidas porque podría ser necesario sacrificar vidas individuales para preservar un número mayor de otras vidas. Por lo tanto las únicas reglas morales son las que llevan al ‘cálculo de vidas’: la propiedad y el contrato” (citado en Hinkelammert y Mora Jiménez 2016: 20). Para un análisis de la crítica de Hinkelammert a la concepción hayekiana del Estado de derecho y de la vida humana como variable de ajuste, ver Vergara Estévez 2005.

capaces de satisfacer. Este sistema lo encuentra en la tasa de equivalencia de los precios. Sólo prestando atención a los cambios habidos en el sistema de precios, sostiene Hayek, podrá un individuo hacerse del conocimiento que le permita tomar decisiones en el mercado a los fines de otorgar valor a sus acciones y bienes. Ahora bien, tal como vimos que la teoría de Menger comprende el cálculo que los individuos realizan para estimar el valor relativo de los bienes disponibles, éste se centra en los fines a los que los mismos se dirigen en su relación causal con la satisfacción de necesidades y el bienestar que ésta pueda producir. Por tanto, si nos quedáramos simplemente con dicha teoría, no sería posible entender cómo el mercado alcanza un orden espontáneo a través del intercambio de bienes y la competencia que lo auto-regula, es decir, cómo una pluralidad de fines individuales sería capaz de componer sistema. Es por ello que Hayek entiende que, a diferencia de la escala de valores personal y distintiva centrada en los fines, el sistema de precios da cuenta del modo en que los medios del intercambio afectan a todos por igual. De esta forma –tal como refiere en *La fatal arrogancia*, libro sobre el que volveré hacia el final del artículo–, “[l]a pluralidad de esquemas de preferencia de los diferentes fines se traduce en la asignación de una única y uniforme escala de valores relativos a los medios por cuya utilización compiten estos fines” (Hayek 1990: 158).

En este sentido, el autor entiende el sistema de precios como un mecanismo capaz de brindar información acerca de las variaciones en la escala de valores que afectan ya no a un individuo aislado, sino al conjunto de todos ellos. Claro que no se trata aquí de la existencia de dos niveles, uno individual y otro de conjunto, sino más bien de la coordinación que, nuevamente, el orden invisible del mercado produciría de manera espontánea gracias a la competencia entre la pluralidad de fines individuales que en él participan. Así lo expresa Hayek en “El uso del conocimiento en la sociedad” cuando refiere que “los precios pueden actuar como elementos de coordinación de las acciones individuales llevadas a cabo por diferentes sujetos, en el mismo sentido en que las valoraciones subjetivas ayudan a los individuos a coordinar las partes de su plan” (Hayek 1997: 222). De esta manera, y en tanto y en cuanto se deje librado el sistema de precios al libre juego de la oferta y la demanda, éste informaría a los individuos de las variaciones en

el mercado de manera inmediata, es decir, no mediada por ninguna instancia trascendente y al mismo tiempo en que los cambios se producen.

A los fines de captar la información situada y dispersa que brinda el sistema de precios, los sujetos que intervienen en el mercado deben emprender un cálculo económico al que Hayek denomina “Pura Lógica de Elección” (Hayek 1997: 221). Es posible comprender esta Pura Lógica de Elección como la operación a través de la cual son dadas a conocer las variables del mercado siguiendo el método de la competencia al que aludía más arriba. Lejos de las pretensiones inferentes de la estadística, la información que aquí cuenta no es la que puedan brindar los grandes agregados de datos más o menos estables, sino aquella relevante a las acciones de cada individuo según las circunstancias en que se encuentre. Así lo expresa el propio autor cuando sostiene que el mayor beneficio que puede traer la utilización del sistema de precios como mecanismo de información es

«(...) lo poco que los participantes individuales necesitan saber para poder actuar correctamente. De forma abreviada, merced a una especie de símbolo, sólo pasa la información más esencial y pasa sólo a los afectados. No es una simple metáfora describir el sistema de precios como una especie de maquinaria para registrar el cambio, o como un sistema de telecomunicaciones que permite a los productores individuales, a través de la mera observación del movimiento de unos pocos indicadores, y del mismo modo en que un ingeniero observaría las manecillas de algunos instrumentos, ajustar sus actividades a cambios de los que puede ser que nunca lleguen a saber más que lo que se refleja en el movimiento de los precios» (Hayek 1997: 223).

Resulta tal vez significativo el hecho que, como deja traslucir esta cita, la descripción a la Hayek recurre para explicar el contexto en que el sistema de precios determina la producción de valor se asemeje menos al espacio de la fábrica que al de la bolsa de valores. La habilidad puesta en juego por cada individuo para la valorización de su capital no requiere de esfuerzo material alguno, sino apenas de la observación de los indicadores de mercado y del ajuste de la propia actividad a los cambios que éstos informan. En el capítulo del libro *La fatal arrogancia* dedicado al mundo del dinero y el comercio, Hayek vuelve sobre la importancia de la búsqueda de información como

instancia privilegiada de valorización individual. Allí, quien ocupa el lugar de sujeto dinamizador de la economía es el empresario o comerciante, cuyas características que el autor le atribuye coinciden con la figura del emprendedor a la que aluden Laval y Dardot en su análisis de los textos de Kirzner y von Mises.

El empresario y la adaptación al mercado

La fatal arrogancia es el último libro publicado por Hayek, a sus casi noventa años de edad y de manera coincidente con la caída de los regímenes socialistas de Europa del Este. Esta coincidencia histórica no debería leerse de forma apenas ilustrativa o contextual, en tanto la preocupación central del trabajo es, precisamente, realizar una crítica al socialismo, aunque a través de una concepción hipostasiada entienda por éste todo intento de regulación de la economía, sea emprendida por un Estado socialista, fascista o benefactor.¹² Sin embargo, a lo largo del libro es posible hallar también una suerte de síntesis articuladora de varios de los temas tratados por el autor en sus escritos precedentes: desde el cuestionamiento al cartesianismo de la Ilustración hasta su singular teoría del conocimiento. En lo que resta de este trabajo, me centraré, principalmente, en lo expuesto en el capítulo VI, a los fines de analizar el modo en que la teoría subjetiva del valor, mediada por la concepción hayekiana del conocimiento, es utilizada por el autor para fundamentar la figura del comerciante o empresario como sujeto dinamizador de la economía.

Uno de los inconvenientes con los que se encuentra Hayek al momento de otorgar al empresario un lugar destacado en el funcionamiento del mercado es el reconocimiento de que dicha figura no goza de buena prensa en la sociedad. El autor rastrea hasta algunos pasajes bíblicos esta falta de consideración –cuando no, directamente, de hostilidad– hacia quien pareciera no hacer más que comprar barato para luego vender caro, y encuentra dos grandes motivos que permitirían explicar tal actitud de desconfianza. Por una parte, sostiene, es resultado del misterio que ciñe la actividad comercial, y que remite al

¹² Al respecto, en el prólogo a la traducción castellana de *La fatal arrogancia*, Jesús Huerta de Soto afirma que “la caída del socialismo en los países del Este ha de considerarse, sin duda alguna, como un triunfo científico y una confirmación histórica del análisis teórico del socialismo que ha venido realizando la escuela austríaca desde los años 20” (1990: 25).

necesario carácter de confidencialidad que debe acompañar al conocimiento disperso e individual si quien cuenta con él desea utilizarlo como capital a ser valorizado. “Si el comerciante tuviera que pregonar a los cuatro vientos los detalles relativos a dónde y cómo logra adquirir los artículos mejores y más baratos, poco interés tendría para él su actividad”, refiere Hayek (1990: 149), asumiendo como supuesto incuestionable de su argumentación, nuevamente, la imposibilidad de una igualación en las posibilidades de producción de valor o, siquiera, de una regulación de la actividad económica bajo principios de justicia social. Siendo la competencia una de las condiciones que definen el ordenamiento espontáneo del mercado, ésta podrá sostenerse si quienes intervienen en él pueden no sólo hacer uso de un conocimiento del que otros carecen, sino incluso guardarlo para sí. La confidencialidad, entonces, se presenta como una de las principales herramientas con las que cuenta el individuo para aprovechar de manera lucrativa las oportunidades que se le presentan. Sin ella no sólo no habría competencia, sino tampoco posibilidades para la producción individual de valor.

Si este primer motivo señalado por Hayek a propósito de la hostilidad hacia la actividad comercial funciona como una suerte de complemento a la teoría mengeriana del valor, el segundo de ellos se apoya directamente sobre los desarrollos del fundador de la Escuela Austríaca. Éste remite al incomprendido fenómeno, por parte de los economistas clásicos y socialistas –y, a través de ellos, refiere el autor, del vulgo en general–, de que se genere valor sin la necesaria concurrencia de la producción material. Se trata, sostiene Hayek, del prejuicio de concebir el trabajo como “un esfuerzo meramente físico o muscular”, el cual bien puede ser comprensible para sociedades primitivas, pero que no se condice con el grado de evolución y desarrollo de las sociedades modernas. “A brujería sigue sonando la pretensión de que ‘de la nada’ pueda incrementarse el valor de los bienes, o que tal logro pueda alcanzarse a través de un esfuerzo que, lejos de implicar aportación material alguna, se limite a *reordenar* lo ya existente” (Hayek 1990:152. La *cursiva* es del original). De este modo –a diferencia de lo sostenido por Marx, pero también, refiere Hayek, por Ricardo, Mills y otros–, para los pensadores neoliberales el trabajo no es la única vía, ni aún siquiera la primordial, de producción de riqueza. Tal es el

gran acierto que el autor austríaco atribuye a la teoría subjetiva del valor, sobre la que se apoya para afirmar que son las transacciones que tienen lugar en el mercado el factor determinante del que deriva la producción, y no a la inversa.

«El magnánimo lema socialista ‘La producción para el uso y no para el beneficio’ [...] delata el desconocimiento de cómo la acción de distintos individuos, con acceso a informaciones diferentes que en su conjunto sobrepasan lo que cada uno de ellos puede alcanzar, multiplica considerablemente la capacidad productiva. El empresario *debe* ir más allá de determinadas prácticas y fines en orden a proporcionar medios para la producción de otros que, a su vez, servirán para producir aún otros, y así indefinidamente; es decir, en orden a propiciar una *pluralidad* de fines últimos. La orientación facilitada por los precios y los beneficios es lo único que necesita para poder contribuir más cumplidamente a la satisfacción de las necesidades de individuos a quienes no conoce» (Hayek 1990: 170. La *cursiva* es del original).

De estas consideraciones se desprenden una serie de consecuencias de las que ya hice alusión y sobre las que, antes de finalizar, creo importante insistir. Por un lado, el uso del conocimiento para la producción de valor no requiere de un ejercicio físico por medio del cual se incremente la existencia de bienes disponibles, sino que se trata de un trabajo de tipo intelectual (aunque implique también, como vimos previamente, asuntos de orden afectivo y emotivo) cuyo fin es el reordenamiento de lo que ya existe. De esta forma, escribe Hayek, “[e]n vez de incrementar el número de artículos disponibles, lo que el mercado hace es transmitir información sobre los ya existentes” (Hayek 1990: 153), de lo cual se desprende, a su vez, que la escasez relativa de bienes no es una variable de la cual pueda prescindirse, sino un dato incuestionable e inmodificable de la realidad. Si la consideración de las diferencias objetivas de valor resulta crucial para el aprovechamiento de las oportunidades de valorización por parte de cada individuo, ello se debe a que, por más que la escasez relativa sufra modificaciones a lo largo del tiempo, no por ello deja nunca de condicionar la actividad económica. Por el contrario, tal es, dentro de la racionalidad neoliberal, una de las condiciones que determinan la competencia.

Asimismo, la importancia atribuida por los pensadores neoliberales al trabajo intelectual –y, por tanto, a su propia función en cuanto ideólogos de la economía– en desmedro del trabajo material los lleva a sostener el debate de ideas como un campo de disputa decisivo en los procesos de transformación tanto social como personal. Esta cuestión se encuentra oportunamente desarrollada por Laval y Dardot en su análisis sobre la formación de la subjetividad emprendedora. Con respecto a las transformaciones sociales, los autores franceses remiten al libro de von Mises *La acción humana*, donde éste llega incluso a considerar la revolución industrial “como un retoño de la revolución ideológica llevada a cabo por las doctrinas de los economistas” (citado en Laval y Dardot 2013: 151). Con respecto a las transformaciones personales, el análisis de los autores se desliga de los integrantes de la Escuela Austríaca y toma como objeto de indagación el amplio espectro de técnicas de la empresa de sí que, desde los medios de comunicación hasta el coaching empresarial, intervienen en la fabricación del sujeto neoliberal –tema sobre el que no ahondaré en esta ocasión.

Ahora bien, en tanto la función a la que está llamado el empresario no es la de producir un incremento de los bienes disponibles ni, por tanto, de modificar las condiciones de escasez relativa, su potencial reordenamiento de lo existente se encuentra restringido por los márgenes que estipula el funcionamiento espontáneo y auto-regulado del mercado. O, dicho de otro modo, la relación privilegiada que el neoliberalismo concede al empresario con la idea de cambio no es la de transformar las condiciones que lo determinan. Si la producción de valor depende del emprendimiento individual, no es porque éste sea el que determina en última instancia las variaciones del mercado. Más bien, se trata de un tipo de actividad que, fundamentada en el uso del conocimiento que brinda la información del sistema de precios, no puede más que limitarse a la búsqueda de la mejor adaptación posible a sus cambiantes condiciones. Su tarea, por tanto, no consiste en modificar las reglas de juego de una competencia que nunca alcanzará a conocer de manera completa, sino en ajustarse a la incertidumbre de sus fluctuaciones. Así lo afirma Hayek en varios de sus escritos, entre ellos, en *Entorpeciendo la economía*, donde sostiene que

«[l]a búsqueda competitiva de la adaptación a un futuro incierto, en la cual tratamos de usar tan plenamente como sea posible la información dispersa que tenemos acerca de hechos particulares que se modifican constantemente, se convierte necesariamente en una especie de juego, en el cual el éxito individual depende habitualmente de una combinación de destreza y de suerte que no podemos diferenciar con claridad» (Hayek 1997: 82).

También en su artículo “La competencia como proceso de descubrimiento” insiste el autor en la relación entre el cambio como una característica inherente al ordenamiento del mercado, y la adaptación a él como “una especie de coacción impersonal” (1993: 12) a la que nos obliga la competencia. Esta idea de coacción a la que alude Hayek al momento de señalar el mecanismo de sujeción por parte de la competencia expone una de las paradojas de la idea neoliberal del individuo como sujeto activo y libre. El supuesto sobre el que entonces descansa la lógica argumentativa que fundamenta la figura del empresario en la teoría subjetiva del valor es que su potencial transformador encuentra un límite infranqueable en las condiciones que rigen su actividad. En tal sentido, podría decirse que, según esta perspectiva económica que elude toda referencia a la historia, de lo que se trata no es de cambiar el mundo en que vivimos, sino de que, atentos a las fluctuaciones que expresa el mecanismo informante del sistema de precios, *cambiamos* nosotros mismos para ajustarnos a un mercado que cambia por sí solo.

Palabras finales

A lo largo del artículo, procuré demostrar la importancia que la teoría subjetiva del valor elaborada a fines del siglo XIX por uno de los fundadores de la Escuela Austríaca tuvo en el desarrollo del pensamiento neoliberal y, particularmente, en los trabajos de Friedrich von Hayek. El postulado sostenido por Carl Menger acerca del valor como resultante de las significaciones variables que los individuos asignan a sus necesidades en relación con los bienes capaces de satisfacerlas resulta fundamental para comprender, al interior de la lógica hayekiana, cómo es que el sistema de precios es capaz de informar a los individuos acerca de las posibilidades de valorización de su propia actividad. Asimismo, la crítica que

la teoría subjetiva realiza a los estudios que centran su atención en la importancia del proceso de trabajo material en la producción de valor permite a Hayek sostener que es el empresario quien, sin más recursos que su habilidad en el uso del conocimiento, se constituye en sujeto dinamizador de la economía. Finalmente, la puesta en cuestión de la perspectiva histórica opera como fundamento de la noción neoliberal del mercado como sistema auto-regulado ante el cual los individuos no tienen más que adaptarse a sus cambios inherentes.

Aunque excede los objetivos de este trabajo, resulta importante señalar que, mediado por un complejo de tecnologías de orden discursivo y extra-discursivo –algunas de ellas oportunamente estudiadas por autores a los que refiero en el artículo–, el análisis conceptual que presento posee implicancias en las racionalidades que gobiernan las conductas. Si analizar el pensamiento de los autores neoliberales puede permitirnos comprender la dimensión teórico-epistemológica de que se componen dichas racionalidades, conocer en profundidad el modo en que las tecnologías producen efectos de subjetivación quizás permita indagar en los mecanismos por los cuales ensayar interrupciones a la maquinaria neoliberal. Entre ellas, tal vez una de las más importantes sea cómo reapropiarse de la idea de cambio social expropiada por los mandatos de adaptación que dicta la competencia de mercado.

Bibliografía

- Boltanski, Luc y Chiapello, Ève. 2002. *El nuevo espíritu del capitalismo*. Traducción de Alberto Riesco Sanz, Marisa Pérez Colina y Raúl Sánchez Cedillo. Madrid: Akal.
- Dobb, Maurice. 1961. *Economía política y capitalismo*. Traducción de Emigdio Martínez Adame. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel. 2008. *Nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France: 1978-1979*. Traducción de Horacio Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gago, Verónica. 2014. *La razón neoliberal: economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.

- Hayek, Friedrich A. von. 1952. *The sensory order. An Inquiry into the Foundations of Theoretical Psychology*. Chicago Illinois: University of Chicago Press.
- 1978. "Entorpeciendo la economía". En *Temas de la hora actual*. Buenos Aires: Bolsa de Comercio de Buenos Aires, pp. 75-87.
- 1985. "Introducción". En Menger, C., *Principios de economía política*. Traducción de Marciano Villanueva. Buenos Aires: Hyspamerica, pp. 15-41.
- 1986. "El mensaje de Adam Smith en el lenguaje actual". Traducción del Centro de Estudios Públicos. *Estudios públicos*. N° 23, pp. 89-92. Disponible en: <https://www.cepchile.cl/el-mensaje-de-adam-smith-en-el-lenguaje-actual/cep/2016-03-03/183410.html>. Consultado el 10 de febrero de 2018.
- 1990. *La fatal arrogancia*. Traducción de Luis Reig Albiol. Madrid: Unión Editorial.
- 1993. "La competencia como proceso de descubrimiento". Traducción del Centro de Estudios Públicos. *Estudios públicos*. N° 50. Disponible en: https://www.cepchile.cl/cep/site/artic/20160303/asocfile/20160303183348/rev50_hayek.pdf. Consultado el 7 de febrero de 2018.
- 1997. "El uso del conocimiento en la sociedad". Traducción de Elia Plaza. *Reis*. N° 80. Octubre-diciembre de 1997, pp. 215-226. Disponible en: http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_080_12.pdf. Consultado el 20 de octubre de 2017.
- 2007. *Camino de servidumbre*. Traducción de José Vergara. Madrid: Alianza Editorial.
- Hernández, Silvia, Nepomiachi, Ezequiel y Ré, Carolina. 2017. "'Seamos un país de 40 millones de emprendedores'. Interpelaciones ideológicas en tiempos neoliberales". *Revista de la Facultad de Ciencias Sociales*. N° 93, pp. 51-57. Disponible en: <http://www.sociales.uba.ar/wp-content/blogs.dir/219/files/2017/05/REVISTA-93-050-HERN%C3%81NDEZ-NEPOMIACHI-Y-RE.pdf>. Consultado el 12 de diciembre de 2017.
- Hinkelammert, Franz J. y Mora Jiménez, Henry. 2016. *Hacia una economía para la vida. Preludio a una segunda crítica de la economía política*. Bolivia: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

- Huerta de Soto, Jesús. 1990. "Prólogo". En Hayek, F. *La fatal arrogancia*. Madrid: Unión Editorial, pp. 13-27.
- Landa, María I. y Marengo, Leonardo G. 2011. "El cuerpo del trabajo en el capitalismo flexible: lógicas empresariales de gestión de energías y emociones". *Cuadernos de Relaciones Laborales*. Vol. 29. N° 1, pp. 177-178. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/CRLA/article/viewFile/36191/35056>. Consultado el 1 de abril de 2018.
- Laval, Christian y Dardot, Pierre. 2013. *La nueva razón del mundo*. Traducción de Alfonso Diez. Barcelona: Gedisa.
- Menger, Carl. 1985. *Principios de economía política*. Traducción de Marciano Villanueva. Buenos Aires: Hyspamerica.
- Murillo, Susana. 2011. "Estado, sociedad civil y gubernamentalidad neoliberal". *Entramados y perspectivas*. Vol. 1. N° 1, pp. 91-108. Disponible en: <http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/entramadosyperspectivas/article/viewFile/34/42>. Consultado el 12 de diciembre de 2017.
- 2015. "Biopolítica y procesos de subjetivación en la cultura neoliberal". En S. Murillo (coord.). *Neoliberalismo y gobiernos de la vida. Diagrama global y sus configuraciones en la Argentina y América Latina*. Buenos Aires: Editorial Biblos, pp. 17-40.
- Ortiz, David. 2009. "El orden sensorial. Individualismo y conocimiento económico en la obra de F. A. Hayek". *Revista de Economía Institucional*. Vol. 11. N° 20, pp. 171-197. Disponible en: <https://www.economiainstitutional.com/pdf/No20/dortiz20.pdf>. Consultado el 28 de febrero de 2018.
- Vargas, Patricia y Viotti, Nicolás. 2013. "'Prosperidad y espiritualismo para todos': un análisis sobre la noción de emprendedor en eventos masivos de Buenos Aires". *Horizontes antropológicos*. Año 19. N° 40, pp. 343-364. Disponible en: <http://www.scielo.br/pdf/ha/v19n40/a13v19n40.pdf>. Consultado el 1 de abril de 2018.
- Vergara Estévez, Jorge. 2010. "La concepción de Hayek del estado de derecho y la crítica de Hinkelammert". *Polis*. N° 10. Disponible en: <http://polis.revues.org/7519>. Consultado el 28 de noviembre de 2018.